

1. Puede hablarse de un pensamiento postmoderno por lo menos en dos sentidos: el primero y el más evidente es que hay un modo de pensar que **sucede** al de la modernidad. Pero apenas nos adentramos en las tesis de los pensadores que suceden a los filósofos que van desde el Renacimiento tardío hasta fines del siglo pasado y comienzo de éste, caemos en la cuenta de que las nuevas tesis rompen con una doble exigencia: la que los ata a los filósofos modernos pero, y en sentido más amplio, la que los ata a la metafísica que nace con Platón y Aristóteles. En este otro sentido –el más original- puede hablarse de un pensamiento no-moderno. Y esto lo liga no sólo a los pensadores-poetas presocráticos sino, más profundamente, a las sabidurías que suelen venir del lado que los occidentales llamamos “Oriente” y también de los restos de sabidurías americanas precolombinas. Es por ese carácter que puede hablarse de un pensamiento no-moderno.

El pensamiento no-moderno se caracteriza, en un sentido general, por: a) desacreditar la **sustancia** aristotélica; b) sospechar de la idea de **causa primera** (o primer motor); c) inhibir su idea del **tiempo lineal** (ver la relación potencia-acto) y en un sentido más particular, referido a la modernidad: d) rechazar la idea de verdad como **adecuación**; e) desautorizar la duplicidad **res cogitans-res extensa**; f) reclamar una **totalización** que liquide la separación Naturaleza e Historia. Se reclama una sensibilidad intelectual atenta a la verdad como **ocurrir**, como **acontecimiento** sin más razón que él mismo.

2. Como hemos dicho, la versión tradicional de la verdad la concibe como una adecuación (*adaequatio rei et intellectus*). Hoy, en cambio, no se piensa en esos términos simplemente porque se rechaza que haya dos instancias; sólo hay una –la de ser, darse- tanto *rei* como *intellectus*. Por lo tanto, como se dijo más arriba, lo que hoy reclama el pensar es el ser, el acontecer. Y no se piensa que habría dos *tópos* (el pensar y el ser) sino que el pensar es **del** ser y el ser es **del** pensar (ambos, genitivos subjetivos y objetivos). La verdad considerada de este modo significa **donarse, darse**, ser. No hay remisión a instancias responsables que condicionarían el acontecer ni las ideas, ni la estructura categorial, ni el Dios judeo-cristiano, ni el sujeto moderno, Y esto, más allá del nombre de esas instancias distantes, en tanto el **acontecer** (la verdad) sólo se debe a sí mismo. Lo inadecuado es la idea de dependencia, cualquiera fuera la denominación del supuesto **por qué** superior.

3. Si la tesis aristotélica, expresada en los principios de contradicción y de identidad, reclama la imposibilidad de que una cosa sea y no sea (a la vez y en el mismo sentido), las tesis no-modernas tienden a asociar inescindiblemente ambos términos. Y esto se debe a que la lógica aristotélica expresa sólo la diferenciación de una cosa respecto de otra, pero Kant ya se planteaba en la *Crítica de la razón pura* “la lógica general (aristotélica) hace abstracción ... de todo contenido del conocimiento” (A 55, B 79); lo que Kant reclamaba era una “lógica del contenido”, es decir, un dar cuenta de la realidad que pusiera de manifiesto no el ser de las cosas **en relación con otras** sino –en palabras de Heidegger en *Ser y tiempo*- “el sentido del ser”, y esto, con nuestra gramática, únicamente se expresa en la contradictoria frase **ser y no-ser son lo mismo**.

Si para debilitar, para ablandar el sentido de lo que aparece (los fenómenos en Platón, las creaturas en el cristianismo, de la *res extensa* –el trozo de cera en Descartes- o los hechos de la historia en Marx) se recurría a un fundamento que los condicionaba (las Ideas, el Dios, la subjetividad o la lucha de clases, respectivamente), aquí, en el pensar no-moderno no ocurre lo mismo. El “ablandamiento”, la disuasión de la verdad o el pensamiento leve, como lo llama Giovanni Vattimo, da cuenta de un acontecer que no tiene consistencia pero no porque remita a otra instancia. Cuando, en cambio, la filosofía tradicional “aliviaba” las verdades era al costo de desplazar el poder a lo trascendente, es decir, lo que dada razón. Si algo se ganaba, si en principio las presuntas verdades ganaban libertad pues se advertía no ser en-sí, el ser en sí se

desplazaba a la razón última (las mencionadas antes de Platón y Marx). La metodología empleada por toda la metafísica tradicional era la misma: se trataba de una lógica “desplazativa” (extensiva, la llamaba Deleuze); lo que reclamaba Kant lo llamaba “lógica trascendental” que no desplazara la verdad sino que interviniera “en el contenido” (la lógica intensiva que reclamaba Deleuze).

Por el momento, para sostener la tesis que dice “ser y no-ser son lo mismo” puede recordarse el reclamo de Heidegger en *¿Qué es Metafísica?*, pero quien lo apunta con extraña lucidez es el pintor René Magritte, quien al comentar el título de aquel famoso cuadro suyo (“*Ceci n’est pas une pipe*” – “Esto no es una pipa”) escribe: “el título no contradice al dibujo; afirma de otro modo”.

La mismidad de ser y no-ser habla de la **levedad** del mundo. Por el momento es el modo más idóneo de afirmar la libertad de las cosas.